

ciente sanidad en la edad de 41 años (1), y no carezco de lo que basta para no mendigar el pan; no obstante, considerando nuestras miserias, y el tormento de nuestro espíritu, no pocas veces he suplicado con toda humildad al Señor, ó que me haga con su gracia superior á tanto mal, ó que me saque de este valle de miserias, en que la vida del cuerpo es un morir del espíritu afligido. En tales súplicas y consideraciones he tenido delante de mis ojos un David, que en fuerza de las injurias que sufrió de Semei, reflexionando sobre las miserias de esta vida, llegó á exclamar (2): "Obligado, Dios mio, á dar con mis palabras un desahogo á mi ardor, os diré: Dadme á conocer si está próximo el fin de mis días, y hazme ver el número de los que he de vivir, para que yo sepa cuánto me falta de vida y de sufrimiento. No sin grande consuelo veo, que vos los habeis reducido á una medida muy escasa, y que todo el espacio de mi vida es como la nada en vuestra presencia."

§. II.

(1) El autor escribía este tratado en el año de 1776.

(2) Psalm. 38, 5, 6, 7. En este Salmo el santo Rey David expone su paciencia y silencio en sufrir las maldiciones é injurias de Semei; y despues propone las reflexiones que entónces hizo sobre la vida humana.

§. II.

Motivos sobrenaturales para recibir con alegría la muerte.

Hasta aquí nos ha suministrado la razon armas poderosas para resistir al temor que causa naturalmente el morir, haciéndonos ver, que no es mal tan grande como nosotros nos lo figuramos. Ahora viene la religion al socorro con armas mucho mas fuertes, quales son los argumentos que se sacan de la revelacion divina. La razon nos ha convencido á conformarnos con la muerte, como con una cosa naturalmente necesaria, y que nos libra de innumerables miserias; y la religion nos enseñará á recibirla con gusto y alegría, como estímulo puesto por Dios para arreglar bien la vida; y como puerta para entrar á gozar de las mayores felicidades por una eternidad.

Si la muerte fuera fin de todo, ó si acabada esta miserable vida, se acabáran todas las cosas para los hombres; en tal caso la muerte se consideraria como fin de las miserias de unos, y de las dichas de otros; y el deseo, el temor y el pensamiento no se extenderian mas allá de los límites de la vida. Mas la muerte no es el fin y paradero del hombre, sino el pasage de una vida caduca y mortal á otra inmortal y eterna. Por eso la muerte en la escritura santa se llama unas veces sueño (1), en que, aunque el hombre está privado de sentidos, los recobra en despertando; otras se dice partida ó salida (2), con la que se pasa de

(1) I.^a Ad Corinth. 15, 18. I.^a Ad Thesal. 4, 12.

(2) Luc. 9. 31.

de una region á otra. Segun esto, la vida presente, que siempre está en movimiento, no es otra cosa que una peregrinacion, y la muerte es el horizonte por el qual se pasa de un emisferio á otro. A la verdad no es este mundo nuestra patria: otra region mas feliz, y otra mansion mas augusta está señalada para morada nuestra perpetua y estable: otros bienes y otras felicidades nos esperan, bien distintas de las mezquinas y miserables por que anhelamos en este mundo: ni los ojos viéron, ni oyéron jamas los oidos de los hombres, los grandes y magníficos bienes que su Criador les tiene preparados. Basta decir, que el mismo Dios no tiene mayor bien de que gozar, que aquel que ha destinado á los hombres (1); siendo el mismo Dios todo su galardón. ¿Pues quién no anhelará con todas ansias llegar á la posesion de tan gran bien? ¿Qué deserrado hay, que no desee volver á su patria, último término, y fin de su creacion y destino? ¿Qué peregrino hay que no quiera llegar al descanso y término de su peregrinacion? El christiano que cree estas verdades, y debe estar animado de un vivísimo deseo de su felicidad eterna, debe tambien esperar con alegría la hora de su muerte; porque sin morir no puede llegar al lógro de estos deseos.

Por esto claman á una voz todos los teólogos, que estaria en mal estado aquel hombre, el qual por el apego á esta vida renunciase la bienaventuranza por vivir siempre en este mundo. ¡Deseo irracional y quimérico! ¡Voluntad impia y perversa! Semejante despropósito se opondria directamente al fin del hombre, y por consiguiente á la intencion que tuvo el supremo Hacedor en criarle. Seria injuriosa al divino Reden-

(1) Genes. 15, 1. Sap. 5, 16.

dentor, queriendo frustrar uno de los principales fines de la redencion, qual es, que los hombres lleguen á conseguir la vida eterna, segun aquellas palabras del mismo Redentor: "Yo vine al mundo para que los hombres tengan vida (1), y para que la tengan en mayor abundancia." Seria tambien destructivo de la virtud teologal de la esperanza, pues excluiria el objeto de esta virtud, que es la bienaventuranza eterna. Seria irracional y bestial; porque aunque supongamos que aquel hombre gozase de quantos gustos y felicidades puede ofrecer este mundo, y estuviese libre de los trabajos y miserias de que en él siempre hay abundante cosecha; ¿qué tienen que ver todos estos bienes con los que el despreciaria? Es ménos que si comparáramos una gota invisible de agua con todo el océano; ó el mas pequeño grano de avena con la gran mole de todo el universo.

Solamente podia caber este necio pensamiento en quien se hubiese despojado de todo sentimiento de religion. El que, cimentado en las máximas del christianismo, conoce los bienes sólidos y verdaderos del hombre, mira con ojos muy diferentes la venida de aquella hora dichosa, que ha de dar principio á su bienaventuranza eterna; porque sabe "que el morir no es otra cosa que dexar lo corruptible y percedero (2), para que despues el mismo cuerpo se vista de incorrupcion é inmortalidad con el espíritu: sabe, que así como la semilla no se vivifica si ántes no se corrompe; así el cuerpo no se vivificará si no pasa por la corrupcion; sabe, que se siembra el cuerpo animal, y se levanta el cuerpo espiritual;" y sabe que á esta

(1) Joan. 10. 10.

(2) Ad Corinth. 1. c. 15. v. 42.

vida miserable se sigue un estado eternamente feliz y dichoso; "estado en que se enxugarán (1) las lágrimas de sus ojos, y en que no habrá mas muerte, ni angustia ni dolor; sino todo será alegría del espíritu, y placer del cuerpo." ¿Qué mayor consuelo para una alma que hallarse libre de la cárcel que la detenía para que no se uniese con su Dios, ni gozase de la vida bienaventurada en que ni padece, ni teme miseria alguna, sino que siempre está absorta en la contemplacion y amor de aquel supremo bien que le dió el ser, la redimió, y la preparó una felicidad tan inmensa? ¡Oh! como podemos exclamar cada uno de los que aun peregrinamos por este mundo: "¿Cuándo llegará aquella hora (2) en que yo vaya á presentarme delante de mi Dios?" Hasta que llegue digamos con el pacientísimo Job (3): "todos los días que ahora peleo con los males de este mundo, espero que venga mi mutacion."

Esta es aquella eficaz consideracion que ha llenado de anacoretas los desiertos, ha poblado los claustros religiosos, ha hecho despreciar las honras mundanas, abandonar las vanidades, arrojar las riquezas, y renunciar los placeres. Por ella el Egipto del mundo se ve despojado de sus mejores despojos, quales son tantas almas santas, que pasando intrépidamente el mar roxo de las tribulaciones, derechamente caminan con pasos acelerados á la verdadera tierra de promision. Por ella misma iban gustosos los santos mártires á encontrar los tormentos, y desafiaban á los tiranos, á los verdugos, y á las mismas fieras. Por ella los con-

(1) Apocal. c. 21, v. 4.

(2) Psal. 41, 3.

(3) Cap. 14, v. 15.

fesores y las inocentes vírgenes han sufrido con contento las persecuciones que les venian de la parte de otros hombres, y las que ellos se buscaban á sí mismos por medio de sus rigurosísimas penitencias. Esta misma consideracion hizo exclamar á san Pablo (1): "deseo ser desatado de este cuerpo, y estar con Christo." Esta excitó en san Andrés el deseo de morir en la cruz, para que por ella le recibiese, el que por ella le habia redimido. Esta esforzó á san Hilarion para que estando cercano á la muerte exhortase á su alma á salir del cuerpo miserable. Esta llenó de tanto consuelo la inocente alma de san Luis Gonzaga, que hallándose en los últimos instantes de su vida, no pudo ménos de exclamar: *alegres vamos, alegres vamos.* Esta finalmente es la que ha quitado el horror natural de la muerte, y ha hecho dulce aquel trance amargo, á quantos se han valido de ella para ordenar bien y christianamente su vida.

¿Quién, asegurado de que los bienes eternos no se pueden gozar sino despues de la separacion del cuerpo y espíritu, no exclamará ansiosamente: O muerte, cuya memoria, si es amarga al que vive en paz con el mundo, y está engañado con la falsa apariencia de sus bienes caducos, es dulce al que conoce su vanidad y los desprecia: ven sin tardanza, y saca mi espíritu de esta dura prision en que está detenido: líbrale de la esclavitud de este cuerpo, y dale la victoriosa libertad que desea, para dexar este valle de lágrimas, acabar la peregrinacion por este mundo mortal, y volar á la mansion eterna que le espera: apresura tu paso; no me asusta tu memoria, ni temo tu presencia; ántes bien deseo con ansia tu venida, con la que se dará

(1) Ad Philip. 1, 23.

rá fin á todo mal, y principio á todo bien: ven muerte, y no tardes; serás piadosa si, cortando luego con tu guadaña el hilo frágil de mis dias, rompes la union de mi espíritu con mi cuerpo; desátame de este lazo para que vuele á la patria celestial, de la que espero ser ciudadano: déxame ir á aquella "region (1) en que "no tienen lugar la pobreza, la enfermedad, el dolor, "ni la muerte: region en que no reynan la envidia, la "ambicion, la ira, ni otro vicio alguno: region en que "ya no hay temor de nuestro comun enemigo, ni de "sus asechanzas; y region en que, por eternidad de "eternidades, he de vivir en paz, consuelo y regocijo, "gozando de la hermosa y amable vista de nuestro "Dios?" ¡Ah Señor y Dios mio! "¿Quánto (2), os diré "con vuestro fiel siervo David, quánto durará mi des- "tierra en este valle de lágrimas? Yo me atrevo á ha- "ceros una súplica (3): una sola cosa os pido, y os la "volveré á pedir, y es que me levanteis mi destierra "para estar eternamente en vuestra santa casa (4). Co- "mo el ciervo despues de una larga carrera anhela "por una fuente de agua que le quite la sed; así mi al- "ma suspira por vos, Dios mio, que sois manantial de "toda consolacion. No hubo jamas sed mas ardiente "que la que yo tengo por llegarme á vos, fuente de "aguas vivas. Momento feliz será aquel en que yo "apareceré delante de vos, y veré vuestro amable "rostro (5). Entónces, Dios mio, entónces, quando yo

(1) Vener. Beda, sermon 18, *de sanctis*.

(2) Psalm. 119, 5.

(3) Psalm. 26, 7.

(4) Psalm. 41, 1, 2.

(5) Psalm. 16, 15.

"goze de vuestra gloria, estaré penetrado de una ce-
"lestial hartura."

Estos sin duda deben ser los sentimientos de quien conoce y anhela por el fin feliz para que fué criado. Tales deben ser los afectos de aquellas almas christianas, que habiéndose empleado en el cumplimiento de los mandamientos divinos, esperan que el señor misericordiosamente las visite en el último punto de su vida; y tales son los deseos de quien puede decir con el Apóstol (1): "Mi vida es Christo, y el morir para "mí seria ganancia." Bienaventurado el hombre á quien la muerte encuentre con esta disposicion; pues estará seguro de entrar en el gozo de su señor.

ARTÍCULO III.

*Causa de la diferencia de afectos que se observa en los
hombres á la presencia de la muerte. Muerte
del hombre.*

Hemos tratado en los discursos antecedentes del temor de la muerte, sin habernos detenido en proponer todos los motivos que causan este temor. Nos hemos contentado con presuponerlos como cosa cierta, y que todos experimentan; y en esta suposicion hemos pasado á proponer los motivos naturales que hay para no afligirse con el temor de la muerte, sino para conformarse con ella, y los sobrenaturales que persuaden al hombre christiano á recibirla con alegría de espíritu. Estos motivos bastan para resistir y vencer el temor natural que causa por sí misma la muerte; mas como las circunstancias de esta son de gran-

(1) Ad Philip. 1, 21.

grande interes para el hombre, de ellas nace otro temor mucho mas grave y fundado, el qual se puede decir, que es el que la hace verdaderamente temible. Ahora pues quiero proponer las causas y motivos de este temor; y para representarlas, como prácticamente suceden, quiero contemplar en el que muere, el espíritu combatiendo consigo mismo por causa de su vida pasada.

Terrible se llama, y es la muerte á los ojos del mundo; pero mas terrible la experimenta la conciencia del que vivió en este mundo, como si no hubiera de morir. Monstruo horrendo y espantoso es para el que vivió sin pensar en la eternidad de males que estan prevenidos para castigo de los viciosos. Es tan temible este trance, que aun la memoria sola de él se representa con el mayor espanto á los mismos que procuran huirla. ¿Pues qué es lo que la hace tan amarga y espantosa? ¿Será, porque siendo inmortal su espíritu, y conociéndose tal, mira con espanto la muerte del cuerpo que ánima? ¿Será por la despedida y ausencia de todo lo visible, y principalmente de lo que mas amaba en este mundo; siendo cierto que no se dexa sin dolor lo que con amor se posee? Motivos grandes sin duda son estos para temer la muerte; no obstante suelen quedar en el moribundo como sepultados; porque cosas mas grandes y de mayor importancia le arrebatan toda el alma. El momento desde donde empieza la eternidad de los bienes ó males perdurables, ocupa todas sus potencias; y de tal manera aparta su pensamiento de las otras cosas, que las mira como si fueran vagatelas ó juguetes de niños. Esta es la espada cruel que le atraviesa el corazon: esta es la hiel que convierte en amargura todos los gustos pasados; y esta es la lima que sin cesar le roe todas las médulas de su espíritu.

Por

Por experiencia vemos que la presencia de la muerte es terrible á quien, estando sano, lo fué su memoria. ¿Mas en qué juicio cabe, que huyan de la memoria de la muerte aquellos mismos que, por no haber pensado en ella, han de experimentar terribilísima su presencia? ¡O espíritus mundanos! Huis de la memoria amarga de la muerte, porque os obliga á abandonar los placeres terrenos. Pues qué, ¿juzgais que será ménos espantosa su presencia, porque ahora la intentais borrar de vuestro pensamiento? No, no es el pensamiento de la muerte el que ha de hacer temerosa su venida; sino la memoria de la vida desarreglada, y llena de vicios. El empeño que teneis en sacudir de vosotros la memoria de la muerte, es una prueba práctica de ser ella un eficaz medio para enmendar vuestra vida licenciosa, y un antídoto seguro contra el vicio. Por tanto, si es grande locura pensar en la muerte sin enmendarse; el no querer pensar en ella, por no enmendarse, es impiedad y obstinacion diabólica.

Pero pasemos ya á considerar mas inmediatamente el temor que combate el espíritu del que vivió contra las leyes de la razon y religion. No es el temor de morir el mayor golpe con que la vecindad de la muerte hiere su miserable corazon; sino el temor de lo que se sigue á la muerte. Su cuerpo ha de morir una sola vez con la fuerza de la enfermedad; mas el espíritu muere muchas veces con el terror y espanto. Por grandes que se supongan los dolores del cuerpo en la enfermedad, serán mucho mayores las angustias del ánimo, que se ve ya imposibilitado de gozar de los placeres de este mundo, y pronto para entrar en los castigos perdurables del otro. De aquí es, que la afliccion de su espíritu es mayor quanto mas inquieta está su conciencia. Esta le representa por una par-

TOM. VII.

K

te la ley natural y la religion, á cuya direccion debia haber conformado su conducta; y por otra su vida totalmente contraria á las máximas de la razon y de la religion. Con estas dos baterías combate su afligido corazon. De aquí proviene aquella lucha de pensamientos, que pelean entre sí, ya acusándose, ya defendiéndose: pensamientos de mundo, fomentados por el moribundo en toda su vida, que en vano quieren hacer ineficaz la obligacion de los preceptos de la ley; y pensamientos de religion, que representan, como en un lienzo, la vanidad y falsedad de las máximas del mundo, y condenan la vida del que las siguió desenfrenadamente. En vano procura el hombre en aquella hora sacudir de sí estas memorias: su conciencia es un espejo fiel que, á qualquiera parte que mire, se las va poniendo á la vista. En este estado crece la afliccion sin medida, porque falta toda esperanza de consuelo; y podemos decir, que el desconuelo de un espíritu vicioso va creciendo en tanto grado hasta morir, que llegando á lo sumo, suele causar naturalmente aquella desesperacion que ha de durar para siempre, haciendo que se apresure y adelante el tormento del remordimiento eterno.

Si así en la muerte deben naturalmente ser combatidos los que, habiendo creido las máximas de la religion, no han arreglado su vida por ellas, ¿qué deberá suceder á aquellos incrédulos que, sordos á la voz divina, y ciegos para no ver las pruebas evidentes de que Dios ha hablado, se mofan y burlan de los premios y castigos de la otra vida, contando las verdades evangélicas entre las fábulas de los poetas, ó teniéndolas como sueños de gente que delira? Estos, que el mundo vicioso é ignorante llama filósofos, no porque lo sean, sino porque quiere ocultar la ignorancia y el vicio en este honroso título: es-

tos espíritus, llamados fuertes por antitesis, pues no tienen fortaleza ni valor para resistir un poco á sus pasiones, las cuales los dominan de tal manera, que les hacen pensar mas como bestias, que como hombres: esta raza de paganos (de que hoy abunda demasiado la Europa) enemiga de Dios, de la religion, de las buenas costumbres, de la justicia y equidad, de la subordinacion, y de quanto bueno hay, ó puede haber en el mundo: estas gentes, parece que, habiendo vivido como bestias, habian de morir tambien como ellas; esto es, que solamente habian de sentir los dolores de la enfermedad, y la pérdida de la vida temporal, sin pasar con el pensamiento á la eterna, que en vida habian contado entre los entes fabulosos ó quiméricos. Pero no sucede así ordinariamente. Cada dia leemos, y oimos con compasion, la muerte de muchos libertinos que, habiéndose habituado toda su vida con la impiedad, y negado con obras y palabras la eternidad, confiesan en el acto mismo de morir el espanto, terror y agonías que padecen por el mal eterno que temen. Enflaquecido el cuerpo con la enfermedad, y hallándose el espíritu libre del fervor de las pasiones, empieza á juzgar mejor de las cosas, y á dudar si será verdadero aquello de que tantas veces se ha burlado. Esta duda es un laberinto intrincado, de que no se puede desenredar. Ofrécese que puede ser verdad, y que acaso lo será lo que la fe católica enseña de la otra vida; y la sola duda de poder ser cierto lo que por entusiasmo de la razon, y por corrupcion de costumbres se quiso creer fabuloso, le llena de terror, espanto y confusion. Antes el deseo de la mortalidad del alma se tenia por hecho verdadero: las aparentes lisonjas se juzgaban demostraciones: ahora todo es al contrario, y lo debe ser naturalmente. ¡Rará

mudanza por cierto! Haber vivido tanto tiempo sin creer los bienes y males eternos, y no poder reducirse á morir quietamente en esta misma incredulidad: haber sido incrédulo el hombre por muchos años, y no poderlo ser por pocas horas. ¡O qué tarde llegan los desengaños á los hombres que viven ciegos! ¡O qué tarde sienten los remordimientos de la conciencia, que no cesa de clamar y gritar! ¡O cuántos impíos Antíocos mueren cada día en el mundo con una penitencia tardía é infructuosa! ¡O combate cruel! ¡O lucha temerosa!

Por lo contrario la experiencia nos enseña, que la rectitud de conciencia es inseparable de la tranquilidad de espíritu al morir. Los que han arreglado su vida segun las máximas de Jesuchristo, aunque sientan el trabajo y dolor de la enfermedad, aunque se vean afligidos por la pérdida de los amigos y parientes, y aunque naturalmente amen la vida que van á perder, en medio de tantos motivos de sentimiento, estan con tanta quietud y consuelo, que parece que han empezado ya á gozar de las delicias de la bienaventuranza. ¿De dónde viene tan grande diferencia entre los que han vivido vida ajustada, y los que la han tenido desarreglada y licenciosa? No hay que buscar otra causa sino el modo tan diferente de vida que unos y otros han tenido. Esto hace á unos mirar los bienes eternos como corona suya, tan cierta y tan segura como si tuvieran su posesion: y á otros hace temer los castigos eternos no ménos seguros y vecinos; temor que necesariamente debe causar desasosiego y desesperacion. Pierden el ánimo, y abaten sus brios los espíritus fuertes y soberbios; y los espíritus humildes y religiosos estan con grande fortaleza y presencia de ánimo. Aun en las batallas, oimos todos los días á los generales de ejército, que valen mas

mil militares de conciencia buena, que diez mil de vida libre. Digno empleo pues de todo hombre será merecerse con sus buenas obras la gracia de bien morir: dignas serán las suplicas que enderece al verdadero Dios para que en tal hora le asista misericordiosamente, sabiendo que al que teme (1) al Señor, todo sucederá bien al fin de su vida, y que Dios le bendecirá en la hora de su muerte. Por tanto digna y santa será tambien la ocupacion de aquellas personas que, como aconseja el Espíritu Santo (2), asisten al moribundo, le confortan y consuelan en la partida de este mundo.

Recopilemos en pocas palabras todo lo dicho. Al morir se ve el hombre colocado en las riberas de la eternidad, desde donde con la vista de su espíritu ve y conoce ser inmenso quanto empieza á descubrir. Olvida todo lo temporal y visible, que mira ya como sombra fugitiva; y atiende solamente á lo invisible, que se le representa infinito, como es. Todo lo pasado le parece sueño y fingimiento, y solo en lo venidero encuentra solidez y realidad. En estas circunstancias terribles sucede el combate de aquellos espíritus, que desde que entraron en el mundo, pasaron sus días en divertimientos, sin pensar jamas en la hora de su salida. Entónces gime la miserable alma, y se estremece toda por el horror de la partida, y de temor de su destino. Salir del cuerpo le parece insufrible; y el quedarse, le parece imposible. La enfermedad, que la ha hecho insensible á todos los gustos del mundo, crece por instantes, y la pone á punto de despedirse de lo que mas ama, y le está mas unido, que

(1) Eccli. 1, 13.

(2) Eccli. 38, 24.

que es aquel corruptible cuerpo por el que tantas veces violó los dictámenes de la razón, y las máximas de la religión. Entónces asaltan á su espíritu aquellas crueles congojas que serian capaces de hacerle morir, si no fuera inmortal. ¿Qué hará en medio de tales y tan acerbos angustias? Ya nada le queda que hacer en este mundo. Llega el momento de salir, que es el principio de la eternidad, y dexa el cuerpo con un forzado y miserable suspiro. Así la naturaleza, que nos echó á todos á este valle de lágrimas, donde entramos llorando con el cuerpo, hace que, gimiendo con el espíritu, se despida del mundo el hombre que le amó.

Muy diferentemente sucede en la muerte del justo. Llega este alegre y sosegado al fin de la vida, que no amó sino para exercitarla en servicio de su Dios, con quien desea unirse establemente: ve cercana la última hora, y su espíritu anhela por dexar la cárcel de su cuerpo, en la que se ha hecho digno de tan inmenso premio; no teme, ántes se alegra de morir; porque cree que la muerte es el medio para que en el último día (1) resucite de la tierra el mismo cuerpo que muere, y vea y goce con sus propios ojos de carne á su Redentor. Esta esperanza cierta, depositada en el seno de su corazón, le hace mirar con rostro alegre la muerte del cuerpo, con la que da principio la vida eterna, que desde luego empezará á gozar su espíritu, y gozará despues eternamente en compañía suya el mismo cuerpo. En esta disposición se exhala tranquilamente el espíritu del justo; y sin saber cómo, se halla de repente en el término de sus esperanzas, y en el colmo de todos los pla-

(1) Job 19.

ceres. ¡Ó contento indecible! ¡Ó bienaventuranza celestial! *Intra in gaudium Domini tui.* Dichoso el hombre que, habiéndose valido en esta vida de la gracia concedida por los méritos del Redentor, ha obrado con ella de manera que pueda volar desde este valle de miserias á los deleytes eternos del paraíso; y desde la compañía de las criaturas á la presencia y vista del Criador.

CAPÍTULO VII.

Cadáver del hombre; y conducta poco piadosa que se suele observar con este despues de la muerte.

Hemos considerado la vida del hombre, ó al hombre miéntras vive peregrino en este mundo mortal; y porque ya hemos llegado á contemplarle en su muerte, ó fin de la vida, vamos ahora á considerar y reconocer la cárcel en que vivía ó estaba preso su espíritu; esto es, vamos á fixar nuestra atención en los despojos que nos dexa en esta vida mortal al volar su espíritu á la inmortal y eterna.

Un hombre muerto ya no es hombre: falta lo que dándole vida le distinguía de lo insensible: falta lo que le diferenciaba de las bestias, y le caracterizaba dentro de nuestra sociedad; en una palabra, falta el espíritu: este ha volado, y nos ha dexado solamente la cárcel en que estaba encerrado: nos ha dexado á nosotros mismos, á los parientes, amigos, compañeros, y á todo lo visible: ha dexado su mismo cuerpo, y ha volado á los espacios que nos son invisibles. Aquí entre nosotros han quedado sus despojos para que nos sirvan de memoria en su ausencia hasta que vayamos nosotros á encontrarle en la region del otro mundo. Si el